

de las escaleras de acceso al inmueble. Escuelas nocturnas y para trabajadores se dieron cita en este espacio cultural. Además de la visita guiada, el departamento de servicios educativos ofrecía en aquél entonces funciones de teatro guiñol.

En este sentido, es innegable que el proyecto cultural de la época concibió la educación como un factor fundamental para acercar a la población al conocimiento de su historia, de su pasado, de su ser.

El análisis minucioso de las propuestas museográficas, museológicas y educativas de 58 museos del mundo como el Louvre, el Museo del Vaticano, la Galería Pitti y el de Belgrado, por mencionar sólo algunos, se vio magníficamente cristalizado en el contenido y el continente del Museo Nacional de Antropología, ejemplo de modernidad y vanguardia museística de la época.

No se puede dejar de mencionar que esta tarea fue promovida por Jaime Torres Bodet, lo que posibilitó al equipo de arquitectos concebir particularidades del discurso museístico. Según refiere el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, la etapa de investigación de los 58 museos se dividió en varios ejes, los cuales darían una visión

integral de lo que pasaba en el mundo: por un lado el aspecto arquitectónico y técnico, y por el otro el educativo. Este último estuvo a cargo del arquitecto y arqueólogo Ricardo Robina, quien visualizó el espacio del museo como una instalación eminentemente educativa.

Gracias a estos primeros visionarios, hoy contamos con este departamento, donde la práctica cotidiana va formando cuadros especializados de educadores de museos. ↵

*PEDAGOGA. ASESORA EDUCATIVA. MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA.

RETROALIMENTACIÓN

Mi experiencia en el museo...

Verónica Frías*

Hace cuatro años, me dedicaba a la promoción cultural en el Museo de El Carmen, hasta que un día me encontré en el claustro del convento a un grupo de escolares guiados por uno de los asesores. Después de escucharlo un rato, me pregunté: ¿Será difícil ser educador de museos? ¿Qué tan difícil es instruir a niños y jóvenes? Fue entonces cuando tomé la decisión de solicitar una comisión para integrarme a los Servicios Educativos.

Para ello, empecé a capacitarme estudiando con ahínco la historia del inmueble y de quienes lo habitaron. En la medida en que iba profundizando en el tema, me di cuenta de la importancia que tuvo la orden religiosa de los Carmelitas Descalzos en el México del siglo XVI. Una vez que aprendí más sobre el lugar y la vida de los frailes, mi meta fue prepararme para comunicar este conocimiento a los alumnos que acudían al museo. Así fue como comencé a hacer oficio y después profesión en la asesoría educativa.

Ser asesor educativo en el INAH no es una tarea sencilla. En varias ocasiones escuché a mis compañeros hablar sobre la necesidad de profesionalizar las acciones que realizamos, así como de buscar otra manera de trabajar con los grupos para no caer en métodos de enseñanza rígidos, lo que me llevó a interrogarme ¿Cuáles serían estos métodos? Inmediatamente recordé mi experiencia en el aula, donde ciertas clases eran tradicionales y aburridas; me hacían asumirme como receptor del maestro que hablaba, hablaba y hablaba, siendo tan sólo un emisor... Eso era lo que entendía como un sistema

rígido. Como no deseaba repetir esta práctica al atender a los estudiantes, pensé que su experiencia en el museo tendría que ser relevante; que si no relacionaban su vida, sus valores y sus significados con los contenidos, los objetos y el espacio, la visita no funcionaría.

Hoy en día, gracias a los cursos especializados que se imparten para quienes laboramos en el área educativa, hemos avanzado en la definición de las visitas guiadas, en las actividades que programamos, así como en la búsqueda de mecanismos que propicien la interacción entre el espectador, el recinto, la obra, la museografía y el personal de servicios educativos. Todo esto con el fin de que el público descubra otras forma de ver, de conocer y de conducirse por un museo. ↵

*ARQUEÓLOGA. PROMOTORA ESPECIALIZADA EN DIFUSIÓN CULTURAL DEL MUSEO DE EL CARMEN.